

EL CUARTO DE LA VECINA DEL FRENTE

*Ana María Mora**

Hace unos años fui parte de la fuerza laboral desde un pequeño cubículo gris que daba a una ventana y estaba en el segundo piso de una empresa. La empresa estaba ubicada en un barrio donde, aparentemente, no pasaba nada. Yo entraba temprano, salía tarde, no pasaba nada... En resumen, me empecé a aburrir mucho.

Talvez por eso fue que decidí observar aquel barrio comenzando por la casa del frente, que era la más cercana. Me di cuenta de cómo funcionaban las cosas allí, quiénes eran, qué hacían, cuáles vecinos veían de reojo a la casa y saludaban con sonrisas poco convincentes y otras cosas. Al principio todo era muy normal, se trataba de una familia de cinco personas, el papá, la mamá, la adolescente de trece años, la abuela y un bebé de meses. Pero la abuela nunca se veía, sólo hablaban de ella con los vecinos.

En el segundo piso de la casa, una habitación llamó mi atención porque sólo muy de vez en cuando, mostró algún movimiento. La habitación era bastante pequeña, pero la

ventana permitía ver lo que había adentro sin problemas: una cómoda con espejo, un armario mediano, viejo, hecho con una madera oscura, también había una cama vieja, cortinas amarillas-probablemente de no lavarse en mucho tiempo- y la inquilina era la abuela.

Ella llamó mi atención porque, como dije antes, no había movimiento en ese cuarto, ella nunca salía y la luz permanecía encendida todo el día (de no ser así, no podría haber visto nada de la habitación). De vez en cuando la anciana se sentaba a tejer frente a la ventana y, cuando terminaba algo, lo colgaba en la misma ventana, pero del lado de afuera, luego, el viento se lo llevaba todo y algún pordiosero lo recogía de la calle.

Aquellos tejidos tenían algo en común: el tamaño. Eran demasiado pequeños como para ponérselos a un bebé, y demasiado grandes para algún muñeco, más bien parecían abrigos para perro o gato.

* Productora Audiovisual.
* Recepción: 08/07/07 - Aceptación: 17/07/07

Como mis compañeros de trabajo, que tenían muchos años de estar ahí, me vieron interesada en la historia de la vecina del frente, me contaron muchas historias, algunas más creíbles que otras, pero siempre con elementos que se repetían de una versión a otra.

Dijeron que hace años la confinaron a ese encierro, que la vieja tenía problemas psiquiátricos, que el resto de la familia la veía como una carga y la maltrataban. Aparentemente el cuarto tenía un baño (que no se ve desde la ventan), y se lo construyeron para que ella no tuviera que salir de la habitación. Además, en un inicio, como la abuela pasaba gritando porque no quería quedarse encerrada, el resto de los vecinos se enteró de lo que pasaba pero nadie hizo nada.

Cuando la abuela se acostumbró a su encierro, aquella familia, supuestamente, mostró su cariño llevándole comida en tres veces al día y ella les devolvía los platos limpios de la misma manera: a través de una puertilla en la puerta. La puertilla tampoco se ve por la ventana.

Cuando me dijeron esto último me pareció curioso, porque yo no la veía comer, en vez de eso, le echaba todo el contenido de un plato mediano a las violetas con cara de felicidad. Supongo que, mientras devolviera el plato limpio, no se preocupaban.

Sin embargo, si yo tenía razón y la comida estaba quedando en las plantas como abono, ese cuarto debía apestar. ¿Cómo no se dieron cuenta? ¿Habrían querido darse cuenta? Probablemente no. El ser humano es cruel cuando nada en su propia comodidad.

Durante toda mi estancia en ese barrio sólo llegué a hablarle a un vecino, un viejo que siempre paseaba a su nieto al frente de esa casa. Se quedaba viendo a la ventana de la vieja, como esperando a que saliera y al cabo de un rato seguía con el paseo tras la insistencia del niño. Él estaba indignado con la vida que llevaba la anciana, dijo que todo había sido un castigo injusto. Todo había sido culpa de un perro.

Aquel perro se llamaba Oso, se lo llevaron a la adolescente de la casa en un cumpleaños, pero la que tenía que cuidarlo era ella. En esa época, la vieja todavía merodeaba por la casa, aunque no la dejaban salir de esta.

Dice el viejo que el tal Oso empezó a dar problemas, era bastante desastroso además de malhumorado, pero le encantaba entrar al cuarto de ella; el problema era que, cuando entraba, no se preocupaban por sacarlo hasta que los gritos interrumpieran el partido de fútbol del medio día. Oso causaba unos destrozos terribles y la histeria de la vieja tardaba horas en calmarse...

Un día encontraron a Oso muerto. El veterinario dijo que había sido envenenado y ellos asumieron que ella lo había hecho. “¿Quién más podía ser culpado si nadie estaba en la casa?”- decía el viejo con un humor amargo- “¿Quién más podría ser culpado sin la molestia de la defensa? Acaso los sorprendió diciendo que la única llave del cuarto la tenían ellos y que no tenía la oportunidad de conseguir veneno si ni siquiera podía salir a la calle”.

Aquel anciano sólo me lo contó una vez, y nunca entendí completamente porqué lo había hecho, pero sus lágrimas y su dolor tuvieron un efecto punzante en mí.

A partir de aquel relato me empecé a obsesionar con aquella realidad, no entendía porqué pasaba eso y nadie hacía nada. Tenía lógica suponer que, después del episodio de Oso ella se encerrara en sí misma y quien sabe si sería consciente de su alrededor, de cómo vivía. A mí me pareció que lo hacía por inercia, por costumbre, por el aire... Aunque vida talvez no era la palabra correcta.

Yo sabía que aquel anciano quería hacer algo, varias veces lo oí discutiendo con otros vecinos, pero todos le decían lo mismo “Mejor quédese tranquilo abuelo, no se meta en los asuntos de otra gente, después se mete en problemas y le hacen mala cara”.

Al día siguiente y el siguiente y el siguiente, el abuelo seguía paseando a su nieto y pasando al frente de la casa, pero ella nunca se asomaba por la ventana, excepto cuando le echaba comida a las violetas.

Talvez, al igual que el resto del vecindario, se sentía culpable. Culpable por no hacer nada, por no ser capaz de rescatarla... Igual, yo no estaba segura de que sirviera de algo si se armaba de valor, para mí, aquella familia era insostenible, intransigente y descorazonada, y yo ya no era la misma.

Obviamente, teniéndola más aislada del mundo que nunca, ellos no esperaban que las cosas se complicaran, de hecho hasta se habían olvidado de ella porque el bebé de meses había llegado.

Aquel bebé no era precisamente hermoso, pero por lo menos, estaban de buen humor, saludaban más a menudo a los vecinos, recibían muchas visitas y el niño no les daba problemas ya que no molestaba por las noches. Sin embargo yo no soporté una temporada más de aquella historia en el vecindario.

El día que me fui, una sonrisa de alivio iluminó mi cara. Era demasiada la tristeza que reinaba y me estaba matando, pero no dejé de sentir lástima por la vieja. No, yo tampoco hice nada. Bueno, una vez le sonreí desde la calle, pero no estoy segura de que me haya visto, o de que una sonrisa fuera suficiente para su alma...

Sin embargo, las cosas no resultaron tan pacíficas como aquella familia esperaba...

Meses después de que me fui de allí, viendo las noticias, un periodista informaba que un matrimonio y la hija de trece años habían sido asesinados, sólo le sobrevivía un bebé de seis meses y la principal sospechosa de cometer el crimen era la anciana que vivía con ellos. Hablaba de la vieja. Cuando entró la policía ella estaba llorando en su cuarto, un lugar inhóspito en el que había estado encerrada durante cinco años y ni siquiera ella podía decir, a ciencia cierta, cuantos años tenía de no poner un pie fuera de la casa.

Como siempre, todos los noticieros tenían a sus camarógrafos y periodistas de turno fuera de la casa para cuando la sacara la policía. Las tomas le retorcerían el estómago hasta al más insensible de la tierra. Fueron crueles, y contrario a los verdaderos malhechores, a ella no le protegieron su identidad.

Nadie podría imaginarse todo lo que pasaba por su mente a cada paso que daba hacia fuera. Simplemente se podía ver que no reconocía el mundo. Era como si lo viera por primera vez, aunque nadie le dijera por cuanto tiempo sería en esa ocasión.

Al cabo de los días, la verdadera historia se descubrió.

No, ella no mató a Oso. Tampoco los mató a ellos.

El verdadero asesino simplemente le tuvo lástima, pero no calculó bien la situación. De hecho se imaginó con ella, ofreciéndole vida, tranquilidad y tal vez un hogar...

¿Se acuerdan del viejo que paseaba a su nieto? Pues yo estaba en lo cierto, él quería rescatarla, pero todo salió mal. En el juicio lo admitió, dijo que esperó demasiado tiempo y la edad le jugó una mala pasada.

Obviamente, el viejo no podría vivir con su conciencia tranquila si ella era hallada culpable y por eso se entregó. Su familia estaba atónita.

El bebé lo entregaron a la institución correspondiente y ella tuvo un encuentro corto con él para saber la verdad. Dicho encuentro no fue como él quería, la mente de la vieja no estaba preparada para eso y por eso no reaccionó, sus ojos estaban vacíos. Ese respiro que tuvo al salir fue más de lo que pudo soportar y se negó a tener más contacto con el mundo...

Él se dio cuenta y cuando la veía partir, sus ojos se llenaron de lágrimas... ¿Habría sido diferente si las cosas hubieran salido como las planeó? ¿Si hubiera actuado años atrás cuando sus sentidos eran más agudos?

¿Cómo saberlo? Lo cierto era que, con la condena, tendría mucho tiempo para pensar todas las posibilidades para semejante respuesta, por lo menos hasta que todo terminara.

Aquella noche la vieja cumplía 85 años y era ingresada por primera vez a un hogar de ancianos. Su estado de salud mental no estaba bien pero ella no sufría, su refugio era su propia cabeza.

Mientras, del otro lado de la capital, el viejo intentaba dormir y escondía, por segunda vez en su vida, una foto de ella y él, cuando ella cumplió dieciocho años.